

BESANT

La Naturaleza de la Memoria

Capítulo 03

Artículo de HPB aparecido en 1889

Memoria del Moribundo

Hallamos en una vieja carta de un Maestro, escrita hace años a un miembro de la Sociedad Teosófica, las siguientes y sugestivas líneas del estado mental de un moribundo:

“En el último momento, toda la vida se refleja en nuestra memoria y emerge de todos los rincones de y las esquinas olvidadas, imagen tras imagen, un suceso después de otro. El cerebro moribundo desaloja la memoria con un fuerte y supremo impulso; y la memoria recupera fielmente cada impresión a ella confiada durante el período de la actividad cerebral. Las más fuertes impresiones y pensamientos se convierten naturalmente en lo más vívido, y sobreviven, por decirlo así, a todo lo demás, que ahora se desvanece y desaparece para siempre, aunque reaparece en el Devachán. Ningún hombre muere loco o inconsciente, como afirman algunos fisiólogos. Incluso un demente o el que padece un ataque de delirium tremens tiene su instante de lucidez perfecta en el momento de la muerte, aunque sea incapaz de transmitirlo a los presentes. El hombre puede a menudo parecer muerto, sin embargo, desde las últimas pulsaciones, entre los latidos finales del corazón y el momento en que la última chispa de calor animal abandona el cuerpo, el cerebro piensa y el Ego vive en esos breves segundos toda su vida nuevamente. Habla en susurros, tú que asistes a un lecho de muerte y te hallas en la solemne presencia de la Muerte. Especialmente mantente quieto una vez que la Muerte ha posado su húmeda mano sobre el cuerpo. Habla en susurros, digo, si no perturbarás la callada onda de pensamiento, obstaculizando la atareada labor del Pasado que arroja su reflejo sobre el velo del Futuro ... “ (1)

La anterior declaración ha sido fuertemente negada por los materialistas; la biología y la psicología (científica) estaban en contra de tal idea, y mientras la última carecía de datos demostrativos para oponerse a esa hipótesis, la primera alegó que la idea era solamente una vacía “superstición”. Mientras tanto, hasta la biología puede progresar, y esto es lo que sabemos de sus últimas consecuciones. El doctor Ferré comunicó recientemente a la Sociedad Biológica de París, una curiosa nota sobre el estado mental del moribundo, que corrobora maravillosamente lo expuesto antes. Porque es al especial fenómeno de las reminiscencias vitales, y ese súbito resurgimiento en la pared en blanco de la memoria, con todos sus “recovecos y esquinas” descuidados y olvidados, con esas “imágenes tras imágenes”, que el doctor Ferré llamó la atención de los biólogos.(2)

Sólo necesitamos dos casos entre los numerosos citados por este científico en su Informe, demostrando que son científicamente correctas las enseñanzas que recibimos de nuestros Maestros orientales.

El primero es el de un moribundo tuberculoso, cuya enfermedad se había desarrollado como consecuencia de una afección de la columna vertebral. El enfermo había ya perdido el conocimiento, cuando devuelto a la vida mediante dos inyecciones sucesivas de un gramo de éter cada una, levantó levemente la cabeza y empezó a hablar rápidamente en flamenco, lenguaje que ninguno de los que le rodeaban, ni él mismo, entendía. Tras darle una cartulina blanca y un lápiz, el hombre escribió a gran velocidad varias líneas en ese lenguaje – muy correctamente, como se supo más tarde – se dejó caer hacia atrás y falleció. Una vez traducido, resultó que el escrito se refería a un asunto muy prosaico. El muerto había recordado de pronto, decía lo escrito, que le debía a un compañero la suma de quince francos desde 1868 – más de veinte años antes – y deseaba abonar tal deuda.

Pero ¿por qué escribir en flamenco su última voluntad? El difunto era natural de Antwerp, pero había salido de su país en la niñez, sin llegar a conocer tal idioma, pasando el resto de su vida en París, por lo que sólo sabía hablar y escribir en francés. Evidentemente, la vuelta de su conciencia, ese último destello de memoria desplegado ante él, como en un panorama retrospectivo, toda su vida, incluso el trivial hecho de haber pedido prestados, veinte años antes, unos francos a un amigo, no emanó sólo de su cerebro físico, sino de su memoria espiritual, la del Ego Superior (Manas o la individualidad reencarnada). El hecho de hablar y escribir en flamenco, lenguaje que había oído en una época de su vida en que todavía no sabía hablar, es una prueba adicional. El Ego es casi omnisciente en su naturaleza inmortal. Pues la materia no es más que “el último grado y una sombra de la existencia”, como dijo Ravaisson, miembro del Instituto Francés.

Pasemos al segundo caso.

Otro paciente, que se moría a causa de tuberculosis pulmonar y también fue reanimado con una inyección de éter, volvió la cabeza hacia su esposa y le dijo:

- Ahora no puedes encontrar aquel alfiler, pues desde entonces han cambiado todo el pavimento.

Era una referencia a la pérdida de un alfiler de sombrero sufrida dieciocho años antes, un hecho tan trivial que había sido casi olvidado, revivido únicamente en los últimos instantes de vida de aquel hombre, que tras expresar su pensamiento de viva voz, calló súbitamente y exhaló su último suspiro. Así, parecen ser capaces de recordar uno de entre los mil sucesos y accidentes cotidianos guardado en la conciencia, en el supremo momento de la disolución. ¡Una larga vida, tal vez, vivida de nuevo en el corto espacio de un segundo!.

Memoria del sonámbulo

Podría dar un tercer caso, que corrobora aún más fuertemente el aserto del ocultismo que habla alto a favor de esos recuerdos debidos al poder del pensamiento del Individuo, y no al del Yo inferior de la persona. Una joven, sonámbula hasta sus veintidós años, realizaba durante sus horas de sonambulismo las más variadas funciones de la vida doméstica, de las que nada recordaba al despertar.

Entre otros impulsos psíquicos que solamente se manifestaban durante su sueño, había una secreta tendencia muy ajena a ella en estado de vigilia. En esta fase era una joven abierta y sincera en alto grado, y muy cuidadosa de su propiedad personal; pero durante el sonambulismo tomaba artículos suyos o que se hallaban a su alcance y los escondía con astuta habilidad. Siendo esta costumbre conocida por sus familiares y amigos, así como por dos enfermeras, que estaban al acecho para vigilar sus acciones desde hacía varios años, sólo desaparecieron cosas que fácilmente podían ser devueltas a su lugar normal. Pero una noche bochornosa, la enfermera de turno se quedó dormida, y la joven se levantó y se dirigió al estudio de su padre. Éste, notario de cierta fama, había estado trabajando hasta una hora tardía aquella noche. Fue durante una momentánea ausencia del estudio que entró allí la sonámbula y, deliberadamente, se apoderó de un testamento, cuyas hojas estaban abiertas sobre el escritorio, así como de varios miles de libras en bonos y billetes. Lo ocultó todo en el hueco de dos columnas falsas de la librería, que hacían juego con otras verdaderas más sólidas, y saliendo de allí antes del regreso de su padre, volvió a su dormitorio sin despertar a la enfermera todavía dormida en el sillón.

El resultado fue que, cuando la enfermera negó rotundamente que la sonámbula hubiese salido de la habitación, las sospechas dejaron de recaer en la auténtica culpable y el dinero y el documento jamás fueron recuperados. Esto dio lugar a una demanda judicial que casi arruinó al notario y destruyó para siempre su reputación, viéndose la familia reducida a ciertas estrecheces. Unos nueve años más tarde la joven que, en los últimos siete años no había caído en el sonambulismo, enfermó de tisis y al final sucumbió. Ya en su lecho de muerte, se levantó el velo que había oscurecido hasta entonces su memoria, se despertó su divina intuición, las imágenes de su vida pasaron ante su ojo interno, y, entre otras cosas, vio la escena de su robo en estado de sonámbula. Saliendo de pronto de su letargo, en el que llevaba varias horas, su cara mostró señales de una terrible emoción y exclamó:

- ¡Ah! ¿Qué es lo que hice? ... Yo fui la que robó el testamento y el dinero ... Id a buscarlo todo en las columnas huecas de la librería, donde lo puse ...

No acabó la frase, pues la emoción la mató. Pero los demás buscaron y encontraron el testamento y el dinero en uno de los pilares, tal como ella dijera. Lo que hace más extraño este caso es que los pilares eran tal altos que incluso usando una silla y teniendo tiempo suficiente para ello, y no unos pocos segundos, la sonámbula no podía haber tirado lo robado por el hueco. Sin embargo, hay que añadir que los estáticos y los convulsionistas (Vide the Convulsionnaires de St. Médard et de Morzine), parecen poseer una facilidad anormal para trepar por paredes lisas y hasta llegar a las copas de los árboles.

Cerebro: canal entre dos planos.

Tomando estos hechos como ciertos, ¿no inducen en realidad a creer que el sonámbulo posea una inteligencia y una memoria propias, separadas de la memoria física del yo inferior en vigilia, y que es el primero el que recuerda in artículo mortis, cesando de funcionar el cuerpo y los sentidos físicos, efectuando gradualmente la inteligencia una escapada final por la avenida la psique y, ya lo último de todo, de la conciencia espiritual? ¿Por qué no? Incluso la ciencia materialista empieza ya a conceder a la psicología algo más de lo que reconocía hace unos veinte años. “La existencia real – dijo Ravaisson – la vida de la que las otras vidas sólo son una silueta imperfecta, un débil bosquejo, es la llama del Alma.” Esto que el público en general llama “Alma”, nosotros lo denominamos “Ego reencarnado”. “Ser es vivir, y vivir es voluntad y pensamiento”, dijo el científico francés. (3) Pero si hasta el cerebro físico es sólo un área limitada, el campo que contienen los rápidos destellos del pensamiento ilimitado e infinito, no puede decirse ni de la voluntad ni del pensamiento que se generen en su interior, aun concediendo a la ciencia materialista el insalvable abismo entre materia y mente, ambos confesados por Tyndall y otros muchos. De hecho, el cerebro humano es simplemente el canal existente entre dos planos: psicoespiritual y material, a cuyo través se filtran las ideas abstractas y metafísicas descendiendo desde el plano manásico a la conciencia humana inferior. Por tanto, las ideas acerca de lo infinito y lo absoluto no están ni pueden estar dentro de nuestras capacidades cerebrales. Pueden ser fielmente reflejadas solamente por nuestra conciencia espiritual, y de ahí proyectadas más o menos débilmente a las tablas de nuestra percepción en este plano. Así, en tanto que los recuerdos de sucesos importantes son a menudo olvidados por nuestra memoria, ni el hecho más trivial de nuestras vidas puede desaparecer de la memoria del “alma”, porque NO ES memoria de ella, sino una presente

realidad el plano que se halla fuera de nuestros conceptos de espacio y tiempo. “El hombre es la medida de todas las cosas”, dijo Aristóteles, ¡Y seguramente no se refería, por hombre, a las formas de carne, huesos y músculos!.

En nosotros está lo inalcanzable.

De todos los profundos pensadores, Egard Quinet, el autor de “Creación”, expresó muy bien esta idea. Hablando del Hombre, lleno de sensaciones y pensamientos de los que no tiene en absoluto conciencia, o que solamente siente como impresiones fugaces y muy débiles, mostró que el ser humano sólo se da cuenta de una pequeña porción de su ser moral. “Los pensamientos que tenemos, pero somos incapaces de definir y formular, una vez rechazados, buscan refugio en la techumbre de nuestro ser ... “ Una vez arrojados fuera por los persistentes esfuerzos de nuestra voluntad, “retroceden ante ésta, más todavía, siempre a más profundidad hacia – quién sabe que – fibras, pero allí quedan para reinar e impresionarnos de forma ignorada a nosotros mismos ... “.

Sí, se tornan tan imperceptibles y tan alejados como las vibraciones del sonido y el color cuando superan la escala normal. Invisibles y eludiendo ser asidos, siguen funcionando, poniendo los cimientos de nuestras acciones y pensamientos futuros, obteniendo dominio sobre nosotros, aunque nunca pensamos en ellos y a menudo seamos ignorantes de su ser y su presencia. Quinet, el gran estudiante de la naturaleza, parece haber estado más acertado en sus observaciones que al referirse a los misterios de que todos estamos rodeados. “No los misterios del cielo y la tierra sino los presentes en la médula de nuestros huesos, en nuestras células cerebrales, en nuestros nervios y nuestras fibras. No hay necesidad – añadió – a fin de buscar lo desconocido, de perdernos en el reino de las estrellas, cuando aquí, junto a nosotros y en nosotros, se halla lo inalcanzable. Así como nuestro mundo está formado mayormente por seres imperceptibles que son los verdaderos constructores de sus continentes, lo mismo es el hombre.”

Una gran verdad: puesto que el hombre es un manojito de oscuras y para sí mismo inconscientes percepciones, de sentimientos indefinidos y emociones mal comprendidas, de memorias olvidadas y de conocimiento que llega a la superficie de su plano: ignorancia. Sin embargo, mientras que la memoria física de un hombre sano se halla a menudo oscurecida, un hecho sobreponiéndose a otro más débil, menos importante, en el momento del gran cambio que los hombres llaman muerte, lo que nosotros llamamos “memoria” parece volver a nosotros con todo su vigor y frescura.

¿Es posible que esto no sea como creemos, sino simplemente el hecho de que, durante unos segundos al menos, nuestras dos memorias (o mejor los dos estados, los estados superior e inferior de la conciencia) se funden en una sola, y el moribundo se encuentra en un plano donde no hay pasado ni futuro sino solamente presente?. La Memoria, como todos sabemos, es más fuerte respecto a sus primeras asociaciones, o sea cuando el futuro hombre es sólo un niño, y más un alma que un cuerpo, y si la memoria es una parte de nuestra alma, entonces, como Thackeray dijo, debe ser de necesariamente eterna. Los científicos lo niegan; nosotros los teósofos, afirmamos que así es. Aquellos, para sus negativas no tienen pruebas; nosotros tenemos, para apoyar nuestras creencias, innumerables hechos como los tres descritos antes. Los eslabones de la cadena de causa a efecto en relación con la mente son y deben seguir siendo una terra incógnita para los materialistas. En realidad, ya han adquirido una convicción muy honda y, como dice Pope,:

Adormecidos en las incontables cámaras del
cerebro
Nuestros pensamientos están unidos por muchas
cadenas ocultas ... (4)

... y los materialistas siguen sin descubrir esas cadenas, de modo que ¿cómo esperan desvelar los misterios de la mente más elevada, de la mente espiritual?

Citas bibliográficas correspondientes al tercer capítulo:

- (1) : The Mahatma Letters to A.P. Sinnett (Cartas de los Maestros K. H. y M. Para A. P. Sinnett, 2do. Vol; Orión, México DF) Theosophical Publishing House, 1979, pág. 167.
- (2) : Recientes investigaciones del doctor Raymond Moody, de la doctora E. Kübler – Ross y de otros muchos científicos ofrecen también confirmaciones al respecto. (E)

(3) : Rapport sur la Philosophie en France au XIX^{ème} siècle.

(4) : Lulled in the countless chambers of the brain / Our thoughts are linked by many a hidden chain ...

-0-0-0-